

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Ivo y Jorge **Patrick Rotman**

Barcelona. Tusquets Editores, 2022, 304 páginas. Traductora: Núria Viver Barri.

Antonio Jiménez-Blanco Carrillo de Albornoz

Académico de Número de la Sección de Derecho de la Real Academia de Doctores de España
anjibl@telefonica.net

La película *La confesión* (1970) recoge las purgas de 1952 -un año antes de la muerte de Stalin- en Praga: el llamado “proceso Slánský”. Su fuente primera fue, como es notorio, Artur London, excomunista checoslovaco que sufrió en carne propia esa persecución, aunque tuvo más suerte que el propio Slánský, hasta entonces nada menos que Secretario General -el jefe- de la organización, que, acusado de alta traición, se vio condenado a muerte y ejecutado. Era judío, como otros de los que se sentaron en el banquillo, dato en el que muchos estudios se han detenido para poner bajo sospecha, por decirlo con suavidad, la credibilidad de las denuncias.

En suma, todos los ingredientes de la guerra fría. Si la película se demoró dieciocho años se debió a que Yves Montand -actor principal-, Jorge Semprún -guionista- y Costa Gavras -director- habían necesitado tiempo para caerse de ese caballo, o para abrir los ojos o como se le quiera llamar, en el que, como tantos otros jóvenes de esa época (los llamados *antifascistas*, muchos de ellos por cierto con heroicos antecedentes en los campos de concentración de los nazis), se habían instalado mentalmente. Del film hay que recordar que su estreno en Moscú se tomó veinte años adicionales, porque sólo pudo tener lugar en 1990, con Gorbachov.

Y, si hablamos del actor Yves Montand y del director Costa Gavras, también habrá que acordarse de *Z*, una película de 1969 que narra el llamado “caso Lambrakis”, un médico y político griego que en 1963 había sido asesinado (impunemente) por la ultraderecha, todo ello antes del que se conocería como el golpe de los coroneles (1967).

De Jorge Semprún, nieto de Antonio Maura por vía materna, sabemos que su familia tuvo que salir de España el mismo día 18 de julio de 1936 -él tenía apenas doce años- y que vivió

su adolescencia y primera juventud en La Haya y luego en París, donde, como buen miembro del PCE, se alistó, en 1942, en la Resistencia. Fue detenido por la Gestapo y permaneció en el campo de concentración de Buchenwald, a apenas unos kilómetros de Weimar, hasta el final de la guerra. Entre 1953 y 1962, ya en España, y en la clandestinidad, *Federico Sánchez* se convirtió en una pieza clave de su partido, del que salió violentamente en 1964, junto con Claudín, en una famosa reunión que por cierto tuvo lugar también en Praga (siguiéndoles Javier Pradera poco más tarde). Una vida más agitada, y desde luego menos lucida, que la de Yves Montand, un italiano -Ivo Lili, 1921- miembro de familia humilde y que, vía Marsella, acabó también en el París de la ocupación, donde, de la mano de Edith Piaf, comenzó una carrera en el espectáculo -la canción, en primer lugar- que le llevaría a ser una celebridad mundial. *Les Feuilles mortes*, la versión musical de la preciosa poesía de Jacques Prévert, fue sólo uno de sus muchos éxitos.

Había sido comunista y también se terminó cayendo del guindo (incluso antes, en 1956, con la invasión de Hungría). Desde 1951, y luego de un encuentro mágico en Saint Paul de Vence, en las colinas de Niza, y en concreto en el Hotel *La Colombe d'or* (un sitio legendario, aunque sólo sea por la colección de pintura que alberga en sus paredes, casi un auténtico museo: un lugar *charmant* por donde se mire), su nombre está unido al de Simone Signoret (de hecho, los cuerpos de ambos están enterrados juntos en el Père-Lachaise) y, con otras connotaciones, al de Marilyn Monroe.

Este libro se llama como se llama porque sucede que ambos, el español y el italiano, se conocieron en 1960 y hasta la muerte del segundo en 1991 (es decir, durante más de treinta años), ambos ya liberados de sus ataduras ideológicas, fueron poco menos que uña y carne, en lo profesional y en lo personal, al grado de que en 1983 Semprún escribió una biografía de su amigo.

La Francia intelectual de los años sesenta y setenta ejerce sobre los españoles, aún hoy, un gran magnetismo. Y este libro contribuye a mantener viva esa llama. Es un telón de fondo ideal para relatar lo que en ambas personas puede calificarse como la historia de un desengaño, para decirlo con la palabra que había hecho fortuna en el barroco: Montand en 1956 y Semprún en 1964 (o incluso antes). No se podía ser antifascista, o antinazi, sin ser enemigo de todos los totalitarismos, so pena de caer en alguna enfermedad mental tan grave como la esquizofrenia. Y eso sin contar con la paranoia que es consustancial a las organizaciones de estructura paramilitar y donde a todo se le encuentran explicaciones por alguna de las variantes de la teoría de la conspiración. Y, si se trata de una entidad clandestina, peor aún. Ese tipo de historias personales de ajustes de cuentas con uno mismo, casi iguales a lo que en las religiones significa que un ortodoxo se pase a la apostasía, pueden terminar resultando dramáticas (de hecho, hay muchos que, contra todas las evidencias, siguen *erre que erre*, hasta terminar inmolándose por la causa), pero, si las cosas se

desarrollan en sitios tan apetecibles como París o la Costa Azul, todo resulta mucho menos duro. Y es eso lo que hace que libros como este se lean de corrido. Una auténtica gozada. Casi diríase que a uno se le queden cortas las 295 páginas y se quede con ganas de seguir. Enhorabuena sincera al autor y también a la traductora, Núria Viver Barri. Han hecho un gran trabajo.